

OBRA MAESTRAS DEL LINE

El Tesoro de la Carabela



por

*Helene Chadwick y
Richard Dix*

25

Año I — N.º 12

Barcelona,
21 Junio 1924

Dirección
y Redacción:
Pelayo, 62
Teléfono 4128 A

OBRAS MAESTRAS
DEL

CINE

PUBLICACIÓN SEMANAL

N.º cte. 25 cts.
Extra.º 50 »

Suscripción:
3 ptas. trimestre

Administración
y Talleres:
Villarreal, 12
Teléfono 3028 A

EL TESORO DE LA CARABELA

Novela cinematográfica de fantásticas y emocionantes aventuras en el mar, según el argumento de la película del mismo nombre, producción

GOLDWYN COSMOPOLITAN CORPORATION

RAMBLA DE CATALUÑA, 122.—BARCELONA

PERSONAJES PRINCIPALES

Jaime Parrisch.	Richard Dix.
Isabel.	Helene Chadwick.
Carrol.	Henry Burrows.
Carmen	Rosemary Theby.
Lynch.	Richard Tucker.
Craven	Fred Koheler.
Todd	Henry Herbert.
Cunningham.	William Moran.
Chang.	Coro Kino.
Jili.	George King.
Juan	William A. Carroll.
Abraham.	R. T. Frazier.

I

En San Mateo, pintoresco suburbio de San Francisco de California, vivía Jaime Parrisch, joven novelista cuyo nombre no se cotizaba aún en los mercados literarios. Cada original que le rechazaban los editores, desmoronaba un poco el castillo de las ilusiones de Parrisch, y eran tantos los manuscritos devueltos, que el castillo se cuarteaba ya y amenazaba con desmoronarse.

Frente por frente a la casa del novelista, vivía una linda muchacha, que no era indiferente, ni mucho menos, a las galanterías que le dedicaba Parrisch. Y como el romanticismo era flor de su juventud, imaginaba ser Julieta, de cuyo balcón pendía la escala de seda del joven Montesco. Sólo que Jaime Parrisch distaba mucho de ser Romeo Montesco, en lo que se refiere a escalar balcones, ejercicio harto peligroso para un novelista.

Una noche, Parrisch llegó a su casa más tarde que de costumbre. Sobre su mesa de despacho había un rollo, llegado en el correo de aquel día. Era el original de su última novela enviada a un editor y que como las demás, le había sido devuelta. La rosa de la ilusión seguía deshojándose pintando una sonrisa de amargura en sus labios. La noche, como si respondiera al estado de alma de Parrisch, estalló en tormenta. Caía el agua copiosamente y a la luz vivísima de los relámpagos, la lluvia

parecía un collar de diamantes que tuviese miles y miles de hilillos.

Parrisch atisbó la calle a través de los cristales del balcón, que el trueno hacía retemblar. A la luz de un relámpago, pudo ver a un hombre caído en tierra, empapado de agua. El novelista se lanzó a la calle en auxilio del desconocido, que antes de expirar, pues estaba herido de muerte, pudo decirle:

—Debajo de una roca, manchada con mi sangre, hay una cartera... apodérese de ella sin que ellos se enteren... ¡Me han matado por robármela!

En este momento, Tomás Carrol, al que Parrisch conocía por ser vecino suyo, se acercó al grupo, preguntando:

—¿Qué ocurre?

—Han asesinado a este hombre—limitóse a responder el escritor.

—Le mataron de una puñalada, ¿verdad?

—Creo que sí.

—¿Pudo hablar?

La curiosidad de Carrol escamó un tanto a Parrisch, que contestó:

—Sólo pudo murmurar unas palabras que no logré entender.

—¿Así no dijo quien lo mató?

—No.

Parrisch se encaminó a su casa nuevamente. En cuanto hubo desaparecido, su vecino Carrol registró afanosamente los bolsillos del hombre asesinado, no hallando nada en ellos. Después se alejó del lugar del suceso, mientras el agua seguía cayendo a torrentes.

II

La extraña recomendación del moribundo, tuvo desvelado toda la noche al joven novelista. Apenas clareó el nuevo día, salió de su casa dirigiéndose a la costa. Toda su preocupación era encontrar la roca manchada, empresa nada fácil en un lugar donde tanto abundan.

Cansado de su pesquisa se sentó sobre una peña, reflexionando.

Su minuciosa busca había sido espiada por dos personas: Tomás Carrol y otro individuo, con aspecto de buho bajo sus gafas azules, llamado Craven.

Carrol aproximóse a Parrisch, saludándolo:

—Buenos días, vecino. ¿Qué se hace por estos lugares?

—Buscando un indicio... ¡Fué tan extraña la muerte de aquel desdichado!—titubeó Parrisch.

—Precisamente hacía yo otro tanto—dijo el astuto Carrol, que a poco despidióse:

—Si encuentra usted algo, avíseme.

Se alejó, quedando tras una roca en acecho de lo que hacía el escritor. Este, cuando se creyó solo, se levantó del peñasco sobre que estaba sentado distinguiendo en él una mancha de sangre. Observó si lo espiaban y no viendo a nadie, alzó el risco debajo del cual halló la cartera del desconocido, asesinado la noche anterior. Luego de mirarla, brillantes los ojos de alegría, extrajo de ella un documento, que decía:

«Traducción del inventario original existente en la Biblioteca Real de Madrid, de los artículos de oro, plata y joyas consignadas por Pizarro, del Perú, en la carabela «Espíritu Santo», al Rey de España:

»1.º 8.000 libras de oro en lingotes.

»2.º 8.000 libras de plata en lingotes.

»3.º Un cofre grande que contiene varios artículos de oro.»

El curioso hallazgo exaltó la imaginación del novelista. Vió llegar nuevamente a Tomás Carrol y se guardó la cartera con suma rapidez. Antes, Carrol había dicho a Craven que se marchara para no despertar recelos en Parrisch, al que habían visto sacar la cartera de debajo de la roca.

—¿Encontró usted algo?—interrogó el ladino Carrol.

—No—repuso Parrisch en tono indeciso.

—Será mejor que lo deje por hoy. Venga a mi casa donde le presentaré a unos cuantos amigos, sumamente agradables—dijo Carrol.

El novelista, hombre de débil voluntad, accedió, encaminándose los dos hacia casa de Tomás Carrol.

Pero antes que ellos llegó el buho; es decir, Craven. En la casa había reunidas tres personas más: Lynch, Todd y Carmen, todas ellas pertenecientes a la banda de ladrones de levita que Carrol capitaneaba.

Craven los puso al corriente de todo en pocas palabras, recomendando a Carmen, que fumaba displicente un egipcio, sentada en el diván:

—Pórtate bien cuando llegue ese individuo, Carmen.

La joven, positivamente guapa, replicó:

—Te agradezco el consejo, Craven. ¡Estoy más que aburrida de ustedes!

Se oyó fuera la voz del jefe de la pandilla. Carmen tiró el cigarrillo adoptando una postura más discreta que la descocada que tenía y Craven, Lynch y Todd, se empeñaron en una partida de naipes.

Cuando entró Parrisch, guiado por el dueño de la casa, aquello parecía una reunión de personas honorables que se divertían honestamente. Carrol le presentó a la joven. Luego le dijo:

—Estos incorregibles bohemios han contratado una embarcación para ir a pescar perlas. Y me han conquistado para que los acompañe como capitán del buque, pues sabrá usted que yo soy marino.

A Parrisch le fueron muy simpáticos aquellos *bohemios* y su fantástico proyecto, impresión que no escapó al perspicaz Carrol, que le propuso:

—¿Por qué no se une usted a nosotros para escribir el diario de a bordo? En ese viaje adquiriría usted material para una novela que haría palidecer de envidia a Stevenson.

Parrisch, aunque le agradaba la proposición, se resistió:

—No puedo... tengo demasiadas deudas...

—¡Bah! Eso no es inconveniente, Parrisch. Yo le anticiparé el dinero necesario para saldarlas.

Este gesto, y la serena belleza de Carmen, acabaron por disipar el recelo del escritor, que decidióse a confesar:

—Hay algo más interesante que la pesca de perlas.

Y diciendo esto mostró a Carrol el documento y el plano que encontró en la cartera del hombre asesinado. El capitán de la pandilla acercóse a los otros, diciéndoles:



—Carrol no me advirtió que había otra mujer a bordo

—¿No os parece que en vez de acometer la empresa de buscar perlas, debemos emprender la más loca aventura de buscar ese oro?

—¡Sea como dices!—contestaron Craven, Lynch y Todd.

Carrol, volviéndose a Parrisch, le dijo:

—Mis amigos son capaces de ir con usted al

fin del mundo. Lo que quieren son emociones fuertes.

Carmen se reunió al grupo, aconsejando con retintín al novelista:

—¿No es usted demasiado confiado? Yo, en su lugar, cuidaría bien ese mapa; es posible que haya ladrones por esta comarca.

Pero Parrisch, estaba ya ilusionado con la posibilidad de llegar hasta la isla del tesoro y no pudo notar la advertencia que tan hábilmente le hacía la joven.

Quedó, pues, acordado que emprenderían la aventura aquella misma noche.

III

El dueño del vapor «Calliope», que había de zarpar para la isla en que se escondía el tesoro, era Tomás Carrol. El barco estaba fuera del puerto, en alta mar; pero sobre cubierta no había más que uno de los personajes conocidos por el lector, el más gentil de todos: Carmen, en fin. La joven estaba furiosa porque sus compañeros habían quedado en tierra, dejándola sola en el barco.

En efecto, al poco rato aparecieron en el puerto, Carrol, Craven, Lynch, Todd y Parrisch. Este último con señales de estar completamente ebrio. Uno de ellos, le advirtió:

—Parece que estás muy borracho. Procura no caerte.

—¡Le diste una dosis excesiva!—murmuró Carrol.

Borracho, o bajo los efectos de una droga

como revelaba la exclamación del capitán de la partida, el hecho es, que Jaime Parrisch, no podía tenerse en pie, por lo que, una vez que lo soltaron los que lo sostenían por los brazos, cayó a tierra como un fardo. Los demás tomaron un bote, remando con dirección al «Calliope», no sin antes robarle la cartera que de tan extraña forma heredara el novelista, del hombre asesinado.

En el puerto, otro barco, en cuya proa se leía este nombre: «Shantung», aguardaba cargamento para hacerse a la mar.

El relente despabiló un tanto a Parrisch, que dándose cuenta del despojo y de la huída de los falsos bohemios, se zambulló en el agua, haciendo increíbles esfuerzos por nadar. Pero se habría ahogado a no ser por el auxilio que le prestó una muchacha que figuraba en la tripulación del «Shantung», la cual, una vez que Parrisch estuvo sobre cubierta, lo acarició con ternura, transportándolo a un camarote donde lo acostaron.

Mientras tanto, los malhechores habían embarcado en el «Calliope». Carmen, que había presenciado toda la escena ocurrida en el puerto, desde un camarote los recriminó con dureza:

—Lo he visto todo y no pienso tolerar semejante canallada. ¡Voy a separarme de vosotros!

Pero a pesar de todas las protestas, tan pronto como el sol hirió el horizonte con sus flechas doradas, el «Calliope» zarpó en busca del tesoro...

* * *

Jaime Parrisch tornó en sí. Su memoria no guardaba el recuerdo de los sucesos de la pasada noche, hasta el punto de que creyó encontrarse a bordo del «Calliope».

—¡Carrol!... ¿dónde está usted?—gritó.

La joven que lo había salvado entró en el camarote. Parrisch, al verla, tuvo una grata sorpresa, pues la muchacha tenía una belleza picante, una gracia tan singular, una mirada tan fulgurante y llena de bondad, que cautivó al novelista. Pero como no la conocía, le dijo:

—Carrol no me advirtió que había otra mujer a bordo.

La joven, ordenando su revuelta melena rizada, acaso, por la brisa marítima, le contestó:

—¿Carrol?... Nuestro capitán se llama Chang. Ahí llega.

En efecto, el capitán del «Shantung», de origen chino a juzgar por su nombre cortante, por lo pronunciado de sus pómulos, por lo oblicuo de sus ojos y por lo amarillento de su cutis, entraba en aquel instante en el camarote.

La muchacha, que se llamaba Isabel, le explicó:

—Le narcotizaron y le arrojaron desde el muelle. Nosotros le salvamos.

Chang rectificó, sonriendo:

—No, nosotros, no... fué ella.

Estas explicaciones avivaron el recuerdo en la mente de Parrisch, que se dió cuenta de su verdadera situación. Cogió su americana registrando todos los bolsillos.

—¡Me han robado el documento!... ¡Y han sido ellos!—gritó.

Siguió la requisa, pasando su rostro de la rabia a la alegría.

—Pero no han dado con el mapa—dijo mostrando un papel.

Entonces explicó a Chang e Isabel todo lo referente a la isla del tesoro y a la intriga de la tripulación del «Calliope», cuyo capitán ya había descubierto que para hallar el codiciado tesoro a cuya busca se lanzaban, les faltaba un indicador tan importante como el mapa.

—¡Se ha burlado de nosotros!—exclamó en tono descompuesto Carrol.

Carmen les lanzó una pulla:

—¡Sois un puñado de idiotas! Y en verdad que me alegro de lo que ha pasado, pues lo tenéis bien merecido.

Entretanto, Chang dió orden de levar anclas y el «Shantung» se hizo también a la mar con rumbo a la pequeña isla señalada en el mapa.

Parrisch, ya sereno, se puso al timón. Isabel se sentó a su lado.

Chang y Jili, su segundo de a bordo, se ensarzaron en una partida de dominó.

Mientras navegaban, Parrisch miraba con arrobamiento a la joven, que correspondía a estas miradas con una sonrisa prometedora. Le extrañaba al escritor, que una muchacha como Isabel viajara en un barco como el «Shantung» y ella, por satisfacer la curiosidad de su reciente amigo, le explicó su historia:

—Mis padres eran misioneros... Al morir mi madre, papá y yo, que era una niña, nos quedamos en China. Poco tiempo después, un

volcán comenzó a arrojar lava arrasando las casas y sembrando el terror entre los habitantes de aquel lugar. Mi padre y yo, como todos, procuramos escapar a la tremenda catástrofe. El propósito no pasó a la realización como algunas larvas no llegan a mariposa, y mi



Parrisch, ya sereno, se puso al timón. Isabel se sentó a su lado

padre fué una de las víctimas del volcán, cuyo cráter semejaba a la boca de un monstruo por la que, en vez de palabras, salían enormes piedras hirvientes, algunas de las cuales caían al mar levantando montañas de agua y de humo.

Chang me recogió de junto al cadáver de mi padre, huyó conmigo en brazos consiguiendo

embarcar en el «Shantung», que desde entonces me ha servido de hogar.

A medida que avanzaba el relato, sus rostros se acercaban como buscando una mutua caricia, necesaria al desamparo en que los dos vivían; pero el recato de la joven impidió que el término fuese un beso, punto final de todo idilio.

Chang y Jili habían terminado su partida de dominó saliendo a cubierta por la escotilla. Al ver tan juntos a los jóvenes cambiaron una mirada y sonrieron expresivamente.

IV

El «Calliope» y el «Shantung» habíanse alejado de la costa. En la cubierta del primero, Carrol le dijo a Carmen:

—Me parece que estás enamorada de Parrisch.

Ella adoptó un tono casi agresivo para contestar:

—¿Lo dices porque no has logrado que me enamore de ti?

Carrol, mordiendo sus celos y su rabia, fué a reunir con los demás que en otro extremo de la cubierta, bebían y charlaban.

Carmen había adoptado una resolución extrema, para lo cual tenía que captarse la voluntad de alguien de a bordo, eligiendo a un viejo marinero que fumaba su pipa cogido al timón. La joven, que a simple vista había distinguido una leve nubecilla de humo en la raya del horizonte, le pidió los gemelos, miran-

do por ellos un instante. Fácil le fué distinguir que el barco que se acercaba era el «Shantung» en el que sabía iba Jaime Parrisch.

Con el pretexto de que tenía hambre, rogó al viejo marinero que fuese a la cocina a buscarle un sandwich. El timonel obedeció, empuñándose en una jugada de dados con el cocinero, un negro formidable, que no cesaba de sonreír, no se sabe si por ser de natural alegre o por mostrar su dentadura lechosa y fuerte que era, a la vez que orgullo de sí mismo, una amenaza contra la carne blanca, pues en esta raza de color vive siempre alerta el antropófago.

Carmen supo aprovecharse de la tardanza del marinero y de la distracción de Carrol y sus camaradas, y descolgándose por el casco del barco desamarró un bote, huyendo en él hacia el buque de Chang.

No tardaron en apercibirse de la jugarreta de la joven y los malhechores dispararon contra ella, que para librarse de las balas, bien dirigidas, tuvo que tenderse en el fondo de la frágil embarcación.

Carrol creyó haberla herido de muerte al ver su inmovilidad y exclamó:

—Ese disparo ha hecho blanco. Ya no podrá denunciarnos a Parrisch.

Por su parte, los del «Shantung» también habían descubierto barco a la vista. Isabel, desde una antena del palo mayor, dió la voz de alarma. Parrisch, que estaba al pie admirado de la intrepidez de la muchacha, la premió con una larga caricia que ella no intentó siquiera rechazar.

Toda la tripulación se agolpó a la proa vien-

do el boté en que se acercaba Carmen, que a poco saltaba a cubierta reclinando la cabeza sobre el pecho de Parrisch. Esta demostración de cariño hizo torcer el gesto a Isabel. El escritor las presentó. Las dos mujeres se miraron con aire de desafío. Carmen recriminó a Parrisch:

—Ignoraba que tuviera usted una joven a bordo. Confío que no habré sido indiscreta.

Isabel, como tenía un fondo excelente y como por otra parte el tratamiento de usted dado por Carmen a Parrisch borraba toda intimidación entre los dos, brindó a ésta con acento cariñoso:

—Es un placer para nosotros brindarle hospitalidad. ¿Quiere usted bajar al camarote, donde estará más cómoda?

Carmen, ganada por las tiernas palabras de la que había considerado como su rival, estrechó por fin la mano de Isabel, en sincera promesa de amistad.

El «Calliope» reanudó la marcha a todo vapor, llegando el primero a la isla. El viejo marinero embutido en una escafandra metióse en el agua para hacer exploraciones. Cuando el buzo volvió a estar otra vez sobre cubierta sin haber hallado rastro del tesoro, Carrol lo increpó. El marinero repuso:

—No es mía la culpa, capitán. Yo no estuve aquí cuando ocurrió el naufragio de la carabela enviada por Pizarro al Rey de España.

Craven, propuso:

—Esta es la tercera bahía en que anclamos. Desembarquemos para examinar la playa.

Y de acuerdo con este plan, desembarcaron todos, mientras en el otro extremo de la isla y

oculto tan sólo por una colina, el «Shantung» había echado anclas.

V

Parrisch y Chang, desde el puente, inspeccionaban la isla a través de los gemelos y estudiaban el mapa, mientras las dos muchachas conversaban en la más perfecta armonía.

Chang, observó:

—No cabe duda de que éste es el lugar, pero la conformación de la playa no es la misma marcada en el mapa.

Entonces Parrisch, que había enfocado otra vez los gemelos, descubrió algo extraordinario que le hizo exclamar:

—¡Mirad hacia allá!—e indicaba un punto—. ¡Es el esqueleto de una ballena! ¿Cómo habrá llegado allá arriba?

Al capitán del barco, conocedor de aquellos lugares, se le ocurrió una idea, que expuso así:

—La isla fué, en otros tiempos, un volcán. Los terremotos habrán elevado el lecho del lecho del mar y es posible que el tesoro esté allá arriba.

A Jaime Parrisch parecióle lógica esta explicación y decidieron desembarcar toda la tripulación del «Shantung» para estudiar sobre el terreno, los cambios provocados por el terremoto submarino.

Reptaron por entre las rocas inmensas, palpitantes los corazones por la emoción. El panorama era grandioso y la exploración digna de acometerse, aún arriesgando los mayores

peligros, toda vez que de hallar el tesoro, había para colmar a todos de inmensas riquezas.

Parrisch y Chang, con las muchachas, decididas y valerosas, iban a la vanguardia. El resto de la tripulación los seguía provistos de



—¡Es el esqueleto de una ballena! ¿Cómo habrá llegado allá arriba?

azadas y palas con que remover la tierra. Cuando estuvieron a unos metros de lo que habían creído el esqueleto de una ballena, vieron con asombro que era el armazón de lo que en otros tiempos fué una intrépida y orgullosa carabela hispana.

Sin perder tiempo se pusieron a trabajar fe-

brilmente, sacando la arena con las palas. Así transcurrió más de una hora.

Los del «Calliope», como ya dijimos, desembarcaron por la otra parte de la isla; pero rendidos de su inútil pesquisa, habían vuelto a bordo, descubriendo ahora al enemigo.

—¡ Es el «Shantung»! —gritó Craven.

Carrol dió la orden de:

—¡ A tierra todo el mundo y aperebir los rifles!

El cocinero, el enorme negro, temblaba como un azogado, hasta el punto de que el capitán le preguntó:

—¿Qué te pasa, Abraham? ¿Es que tienes miedo?

—No, tengo frío—disculpóse.

—Pues sea como sea hay que impedir que Parrisch y su gente se lleven el tesoro. Esta será una lucha a muerte.

Saltaron a tierra y comenzaron a trepar por entre las rocas, procurando no ser vistos.

Mientras, Isabel, que trabajaba como los demás junto a los restos de la carabela, desenterró un lingote de oro. Saltando de júbilo llamó a Parrisch, al que mostró el hallazgo.

—¡ Oro! —exclamó Parrisch.

La alegría pintó sus vivos colores en todos los semblantes. Activaron el trabajo y a poco extraían hasta tres cofres, enajados de oro, plata y ricas joyas, tal como decía el inventario depositado en la Biblioteca Real de Madrid.

Seis marineros, de dos en dos, cargaron con los cofres, guiados por Chang.

De su abstracción los sacó el zumbido de las balas.

—¡ Carrol con su tripulación! —exclamó Parrisch.

Oyeron perfectamente la voz del capitán del «Calliope», que animaba a los suyos:

—¡ Adelante... al ataque!

Parrisch, Isabel, Carmen y Jili, que habían quedado atrás, tuvieron que buscar posiciones para escapar al peligro.

Los que conducían los cofres, sorprendidos por el inesperado ataque, se desconcertaron, sin abandonar por eso el tesoro.

Carrol, con los suyos, seguía avanzando. Parrisch, de un disparo, tumbó a uno, pero esto no les impidió el avance, pues la codicia ponía brío en el corazón y fuego en los ojos.

Jaime Parrisch, apreciando el peligro que corrían sus amigos, dijo a las jóvenes:

—Vosotras quedados aquí con Jili, estaréis seguras en esta cueva. Yo corro en auxilio de Chang.

Isabel se abrazó a él con todas sus fuerzas para impedir que se alejara de ella. La hermosa joven temía por la vida de su amado. Pero Parrisch, consciente de su deber, la rechazó suavemente, aunque con energía, y echó a correr, saltando por entre las rocas. Carrol, al frente de su partida, se lanzó en su persecución. El escritor tuvo que ocultarse entre unas rocas, desapareciendo a la vista de sus perseguidores.

No atreviéndose a avanzar, Carrol ordenó a Abraham:

—Quédate y vigila. Si ves algo que se mueve, dispara.

—Bueno, patrón—repuso el negro que no las tenía todas consigo.

Carrol y los demás se alejaron para atacar por el flanco a sus contrarios; pero del «Shantung» llegaron refuerzos batiéndose bien el cobre los dos bandos.

Parrisch no podía avenirse a permanecer inactivo en la lucha que se había empeñado, decidiéndose a salir de su escondijo. El gigantesco negro, al verlo, se dispuso a disparar sobre él. Estaba precisamente debajo de la cueva en que se habían escondido Jili y las dos muchachas. El segundo de Chang, saltó, ágil como un mono, sobre Abraham, asestándole una cuchillada. El negro soltó el rifle, desplomándose. Estaba herido. El chino se apoderó del rifle, haciendo centinela. Parrisch le dio las gracias por su heroica acción, volviendo a saltar de roca en roca. Inesperadamente topóse con uno de la partida de Carrol, que al verle, huyó. Pero el valiente joven, enardecido por la pelea, no quería dejar escapar su presa. De una a otra roca, separadas por un abismo, saltaron perseguido y perseguidor, luchando a brazo partido sobre aquella imponente altura. El momento era decisivo, trágico. Uno de los dos, los dos acaso, abrazados como estaban, habían de despeñarse rodando al abismo. Tras titánicos esfuerzos, Parrisch logró deshacerse de su enemigo, lanzándolo desde lo alto de la roca. Ni que decir tiene que llegó al fondo hecho una piltrafa.

Isabel y Carmen, al verse solas, se aventuraron a salir de su escondite, desperdigándose por entre las rocas. Carrol y el viejo marinero se apoderaron de Carmen. Otro de la partida atrapó a Isabel. Carrol ordenó a su gente:

—Llevadlas a bordo del «Calliope» y encerradlas.

El que había cogido a Isabel cumplió rápidamente la orden. En cuanto al timonel, también estaba dispuesto a hacer otro tanto con Carmen, pero ésta, que inspiraba al viejo marinero una viva simpatía, le hizo unas zalemas y con voz quejumbrosa, le dijo:

—Déjeme ir al «Shantung» a buscar mis ropas. ¡Ayúdeme, por favor! No tengo en el mundo más protección que la de usted.

Abrazada al marino consiguió conmoverlo. Ambos se dirigieron al «Shantung».

Mientras tanto, Lynch con otros de la tripulación, cargaron un bote con lo que pudieron llevarse parte del tesoro hacia el «Calliope».

El timonel y Carmen llegaron por fin al barco de Chang, y cual no sería su asombro al ver sobre su cubierta a Carrol.

—¡Allí está Carrol!—gritó con espanto el marinero—. ¡Usted... usted tuvo la culpa! ¿Qué le diré yo ahora? ¡Me matará!

En efecto, al verlos llegar, Carrol se puso hecho una furia. No obstante, el viejo marinero no quiso comprometer a Carmen y dijo:

—Ella no tiene la culpa, capitán. La he traído yo para que recoja su equipaje.

Esta disculpa los salvó de la ira de Carrol.

Entretanto, los refuerzos de Chang se habían perdido en las colinas, tropezando con un enemigo en el que descargaron su rabia.

Este infeliz había terminado de abandonar una barca en la playa, que tomó Parrisch, remando con brío en dirección al «Calliope». Ignoraba que en este barco estuviese Isabel cautiva en un camarote.

Parrisch saltó sobre cubierta sin ser visto. Luego, bajó a la bodega, donde colocó una mecha, prendiéndole fuego. Isabel había oído sus pasos con gesto temeroso, llena de angustia, pues la joven creía que procedían de uno de sus enemigos. Creyendo llegado su último instante, la infeliz juntó las manos en oración, a la vez que sus hermosos ojos, tan vivaces, vertían abundantes lágrimas, cayendo como rocío sobre las rosas de sus mejillas, descoloridas por el terror.

Parrisch, sin que el corazón le anunciara la proximidad de la mujer amada, volvió a tomar la barca alejándose del peligro a golpes de remo. Y en el buque enemigo, una de las víctimas del incendio había de ser la mujer por la cual habría dado su vida...

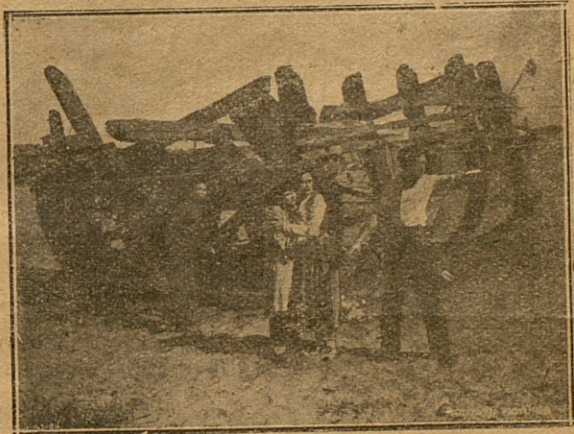
VI

Mientras esto ocurría en el «Calliope», en el «Shantung» Carrol celebraba su supuesta victoria, rodeado de sus amigos.

Carmen, que huía de él, había ido a caer nuevamente en sus garras. Los brindis continuos habían puesto demasiado locuaz a Carrol y quiso que la joven participase de su alegría, dándole de beber. Carmen aceptó, no tanto por disimular sus intenciones, como por acabar de emborrachar al que hasta hacía poco era su camarada y su jefe. Pero dejémoslos apurar copa tras copa y volvamos a Parrisch.

Hemos dicho que a golpes de remo se alejaba del «Calliope». Uno de sus tripulantes vió la maniobra dando la voz de alarma. Cuando

acudieron los demás, las balas silbaban en torno a Parrisch, que tuvo que echarse al agua, sirviéndose de la frágil embarcación como de una trinchera. Pero no le valió. Uno de los del «Calliope», dispuesto a darle caza, se arrojó al mar



— ¡Carrol con su tripulación! — exclamó Parrisch

sosteniendo un rifle con los dientes. Cuando estuvo a unos metros de Parrisch, se dispuso a encañonarlo, tarea nada fácil, zambullido en el agua, por lo que Parrisch tuvo tiempo de nadar hacia él trabándose una pelea emocionante y peligrosa, en medio del mar.

El humo invadía ya el «Calliope». Isabel, para poder respirar, se asomó por una de las

troneras del camarote en que se hallaba encerrada, y cual no sería su asombro al ver a Parrisch empeñado en un duelo a muerte con uno de sus fieros enemigos. La muchacha, enloquecida de miedo, le gritó, acompañando sus exclamaciones con señas. Por fortuna, Parrisch logró deshacerse de su contrario que en cuanto perdió el último aliento fué hundiéndose en las aguas.

El novelista volvió a subir al bote, remando una vez más hacia el «Calliope». La tripulación, apercebida del incendio, había huído, quedando sola en el barco la infeliz Isabel, a punto ya de ahogarse. Pero no, allí estaba su amantísimo Parrisch para salvarla. Y, en efecto, tras no escasos esfuerzos, Parrisch, cargado con Isabel, atravesó por entre las llamas, se deslizó por la escala que pendía por babor y ya en la barca remó con más ansias que nunca.

¡Se habían salvado!

VII

La borrachera de Carrol había adquirido proporciones épicas. Los objetos, las personas, las cosas, se duplicaban a su vista.

Carmen sonreía con aire de triunfo y le obligaba aún a beber más. A Carrol le ocurría lo que a todo beodo, que bebía ya como una esponja, sin advertirlo siquiera. De aquel hombre podía ya hacerse lo que se quisiera.

El capitán del «Calliope», que hacía tiempo estaba enamorado de Carmen, cogió a ésta por

un brazo en una caricia rota, inexpresiva, de sujeto alcoholizado. Ella no lo rechazó por no exasperarlo, pero bien se advertía que aquel hombre le daba asco.

En esto, Parrisch e Isabel llegaron en la barca, atracando junto al «Shantung». A ellos se unieron Chang, Jili y otros de la tripulación. Subieron uno tras otro hasta la cubierta del barco.

El timonel del «Calliope», apercebido del asalto, avisó a Carrol:

—¡Cuidado, Parrisch está aquí!

A Carmen no le cabía el gozo en el alma, saliendo por los ojos. Carrol miróla con extravío y díjola:

—¿Con que me has vendido, eh? Pues avísale a tu novio. ¡Ya me las entenderé con él!

La expresión de idiota que tenía Carrol, causaba más risa que espanto. Pero en su ánimo estaba el deseo de reñir y sacó la pistola, previniéndose contra el ataque de Parrisch.

Carmen soltó la carcajada, diciéndole:

—¡Tus bravatas son inútiles!... ¡Has bebido tu última copa!... Tu última copa... envenenada.

Sí, Carmen, en la postrera copa que Carrol había acercado a sus labios, apurando de un trago todo su contenido, vertió unas gotas de veneno que llevaba en un frasco.

El gesto de Carrol trocóse trágico, avanzando hacia la joven con los dedos engarbitados dispuesto a estrangularla. Carmen retrocedió subiendo a cubierta, siempre seguida por el capitán del «Calliope».

Parrisch, al ver salir a su terrible y tenaz enemigo, lo encañonó con su browning, dis-

parando. Pero la bala, rectificada su dirección por el Destino, fué a horadar el pecho de Carmen.

—¡ Maldición !—gritó Parrisch desolado.

Entonces ocurrió algo insólito. El viejo marinero, verdadero lobo de mar al que daba carácter sus largas y espesas patillas; hombre curtido en los azares de la vida marítima, se abrazó al cuerpo herido de la pobre muchacha, llorando a lágrima viva, como un chiquillo.

Carrol, también se desplomó revolcándose sobre la cubierta del barco, con los agudos dolores del veneno que Carmen vertiera en la copa.

Todos formaron corro alrededor de las últimas víctimas de aquella lucha tenaz por la conquista del tesoro de la orgullosa carabela española...

La sangre vertida cegó todos los ojos con un trágico telón rojo y las figuras del cuadro desaparecieron, juntamente con el barco, con la isla y con el mar... como si hubiera sido sólo una visión más que una realidad.

EPILOGO

Jaime Parrisch, el joven novelista, en constante lucha con los editores, que hasta entonces no se habían decidido a publicar sus obras y consagrar su nombre, recibió en el correo de aquel día un rollo certificado y una carta. El rollo contenía el original de su última novela.

—¿Me la habrán rechazado también?—pensó el joven con desaliento—. Si es así abandono definitivamente la carrera de escritor.

Temblando rasgó el sobre de la carta que acompañaba al original de su novela. Y leyó emocionado:

THOMAS FRANKLIN Y C.^a
Editores
NEW-YORK

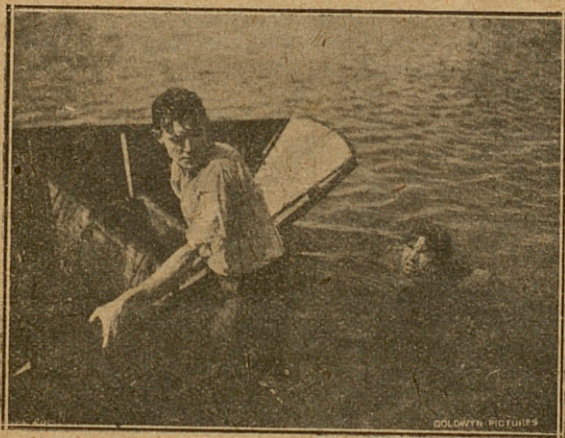
«Mi querido señor Parrisch: Tenemos mucho interés en publicar su novela «El tesoro de la Carabela».

»Sin embargo, la escena en que Carmen envenena al capitán del «Calliope», resulta a nuestro juicio, demasiado folletinesca y nos permitimos aconsejarle que la suprima.

»Si usted se decide a hacerlo según nuestra indicación, adquiriremos la propiedad de su libro por cinco mil dólares y un 3 por 100 sobre la venta de 200.000 ejemplares.

»Caso de aceptar nuestras condiciones, co-

mo esperamos y sería nuestro gusto, sírvasse contestarnos a vuelta de correo para anunciar la aparición de su novela que por su interés y originalidad puede equipararse a cualquiera de las del famosísimo Robert Louis Stevenson.»



Parrisch, en cuanto se deshizo de su contrario, tomó de nuevo la barca

El contenido de la carta hizo brincar de alegría a Jaime Parrisch. ¡Era, por fin, la Gloria, que llamaba a su puerta!

Mientras tanto, en casa de su vecino Tomás Carrol había reunido varios amigos de éste: los señores Craven, Lynch y Todd. También estaba presente una hermosa joven llamada

Carmen, íntima amiga de la hija del señor Carrol, la deliciosa y gentil Isabelita, que era, por añadidura, un tanto romántica y que estaba enamorada de Jaime Parrisch, el novelista.

Don Tomás dijo a uno de sus criados:

—Dígale a mi hija que no esperamos más tiempo al señor Parrisch y que se disponga para el almuerzo.

En esto entró al que esperaban, gritando:

—¡Van a publicar mi novela... «El tesoro de la Carabela!»

El dueño de la casa le preguntó, sonriendo benévolutamente:

—¿No es esa la novela en la que nos presenta a todos como unos foragidos sedientos de sangre?

—La misma—repuso Parrisch.

Después fué estrechando cordialmente la mano a todos, al tiempo que entraba Isabelita, con la que se apartó un tanto del grupo, diciéndole:

—Ha sido aceptado el libro, Isabelita... Y ahora sí podré hacerte una pregunta importantísima.

La graciosa y pimpante muchacha, haciendo un mohín encantador, replicó:

—¿Con que por ese motivo no me lo habías dicho antes? ¡Me dan tentaciones de no decirte que sí!

Sin embargo, como se amaban desde hacía largo tiempo y Parrisch era agradable a todos los de la casa por su simpatía y por su talento, un *sí* rotundo, que ensanchó su corazón, salió de los labios rojos de Isabel.

Y mientras los otros invitados charlaban y

en la cocina preparaban el almuerzo, un formidable negro llamado Abraham, que era el cocinero de la casa, un viejo sirviente con largas y espesas patillas de lobo de mar y Jili, el pinche de cocina, Isabelita Carrol y Jaime Parrisch, cuyo nombre había de hacerse famoso, se marcharon al jardín para que su idilio fuese más poético.

FIN

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR ::

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En el sorteo celebrado por OBRAS MAESTRAS DEL CINE para premiar a sus lectores con una fotografía directa, con marco, de un popular intérprete del arte mudo, ha salido premiado el número

07.219

El poseedor de la postal marcada con dicho número, es la *Srta. Matilde Lescarboursa, de Albacete*, a la que hemos enviado el premio a la que la ha hecho acreedora su buena suerte.

En lo sucesivo, es decir, desde este mismo mes, para dar mayor garantía a los lectores de OBRAS MAESTRAS DEL CINE, el sorteo de las postales se hará en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo el premio de OBRAS MAESTRAS DEL CINE al número de la Lotería Nacional sobre que recaiga el premio mayor.

Como se da el caso de que el tiraje de OBRAS MAESTRAS DEL CINE excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya del número premiado.

En cada ejemplar de OBRAS MAESTRAS DEL CINE se incluye una hermosa postal al hueco-grabado con el retrato de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que irán numeradas, darán derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de populares intérpretes del arte mudo.

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En su número próximo que aparecerá el día 28 del corriente, publicará

El huésped de media noche

según el argumento de la comedia dramática de la *Universal*, interpretada por *Grace Darmond*, la más hermosa y famosa artista de los cabellos de oro.

El huésped de media noche

es una novela cinematográfica, llena de interés, de emoción y de originalidad, que cautivará a los lectores de OBRAS MAESTRAS DEL CINE. En

El huésped de media noche

se describe una orgía de cabaret donde triunfa la sensualidad y asoma el drama de las vidas truncadas, bajo el maquillaje de las bellas que cantan un himno ardiente al amor.

El huésped de media noche

está escrita por uno de los brillantes literatos con que cuenta OBRAS MAESTRAS DEL CINE.

Postal de *Rodolfo Valentino*.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de *Gloria Swanson*); 6.º *Bavu, el bolchevique* (extraordinario; postal de *Thomas Meighen*); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de *Pola Negri*); 8.º *Tigre Blanco* (postal de *Charles Ray*); 9.º *Sin ayuda de nadie* (postal de *Betty Compson*); 10. *El hombre de Río Perdido* (postal de *Charles Roche*); 11. *La Reina de Saba* (postal de *Jacqueline Logan*).

Imp. GARROFÉ, Villarroel, 12 y 14. - BARCELONA